

# Dialéctica y escritura. Notas para una lectura problemática de los primeros pasos derridianos (1954-1962)

Dialectic and writing.

Notes for a problematic reading of the first Derridian steps (1954-1962)

Ana Sorin

Universidad de Buenos Aires & CONICET (Argentina)  
E-mail: [ani.sorin@gmail.com](mailto:ani.sorin@gmail.com)

---

**Resumen:** En este artículo trabajamos primordialmente con *El problema de la génesis en la filosofía de Husserl* e *Introducción a "El Origen de la Geometría" de Husserl*, dos escritos tempranos de Jacques Derrida, a menudo o bien homologados sin reparos a *La voz y el fenómeno*, o bien descartados a título de idilios husserlianos de juventud. Nuestro objetivo es dar cuenta de sus desplazamientos, mostrando que estos primeros años de elaboración son en sí mismos interesantes y filosóficamente pregnantes, así como ofrecer una cifra exegética para comprender sus variaciones y especificidades. Según argumentaremos, será la introducción de la cuestión del lenguaje lo que irrumpa radicalmente el decurso de las meditaciones derridianas.

**Palabras clave:** Derrida, lenguaje, dialéctica, escritura.

**Abstract:** In this article we work primarily with *The Problem of Genesis in Husserl's Philosophy* and *Introduction to "The Origin of Geometry" of Husserl*, two early writings by Jacques Derrida, often homologated to *Voice and the Phenomenon*, or discarded as Husserlian idyls of youth. Our objective is to account for their movements, showing that these first years of development are themselves interesting and philosophically pregnant, as well as offering a key to understand their variations and specificities. As we will argue, it will be the introduction of the question of language what will radically break the course of Derrida's meditations.

**Keywords:** Derrida, language, dialectic, writing.

---

## 1. Introducción

Es sabido que durante sus primeros años de formación y producción Derrida estudió pormenorizadamente la fenomenología husserliana. Aunque recién vio la luz en 1990, en 1954 presentó su Mémoire de fin de estudios titulada *El problema de la génesis en la filosofía de Husserl* (en adelante PGH), y su primera participación en el Colloque de Cerisy-la-Salle fue en 1959, con "Génesis y estructura' y la fenomenología". En 1962 se editó su *Introducción a "El Origen de la Geometría"* (en adelante IOG) — galardonada luego con el premio Jean Cavaillès de Epistemología Moderna—, y entre 1961 y 1965

impartió una serie de cursos sobre la fenomenología husserliana en la Sorbona y la Escuela Normal Superior que aún permanece inédita.<sup>1</sup> En 1966 se publicó en griego "La fenomenología y la clausura de la metafísica",

---

1. Sabemos sin embargo que los títulos fueron "Qu'est-ce que c'est l'apparence?", "Le sens du transcendantal" (1961-1962), "La cinquième des Méditations cartésiennes de Husserl", "Phénoménologie, téléologie, théologie: le Dieu de Husserl", "Peut-on dire oui à la finitude?" (1962-1963), "Phénoménologie et Empirisme" (1963-1964). Estos fueron en la Sorbona. En la École realizó un curso de agregación intitulado "La théorie de la signification dans *Les Recherches logiques* et dans *Ideen I'*". Los señalamos en francés para enfatizar que no han sido traducidos (ni, ya hemos mencionado, siquiera editados en francés). Tomamos esta información de Bórquez (2015: 11).

y finalmente en 1967 se editaron “La forma y el querer-decir” y el célebre ensayo *La voz y el fenómeno*, donde se exhiben prácticamente las principales nociones de su pensamiento posterior (tales como *différance*, huella, archiescritura, suplemento, entre otras). Si bien es cierto que luego de este último texto las menciones a Husserl son aisladas y esporádicas, y que en ese sentido es el último escrito dedicado al maestro fenomenólogo, alertamos sobre la tentación de eslabonar estos desarrollos bajo el tamiz de una narración evolutiva y de hacer pasar, entonces, a la *La voz y el fenómeno* como el fruto consagrado de una filosofía en pendiente: tal es, de hecho, una perspectiva habitual, que corre en paralelo con la consideración de estos años como una especie de “prehistoria” de la deconstrucción, hermética y excesivamente académica.

Las presentaciones a Derrida suelen concederles algunas líneas a los escritos previos a 1967, pero la mayoría de las veces a título de curiosidad biográfica, sin dedicarles en general demasiado estudio. (Hill 2007; Lüdemann 2014; Goldschmit 2003) Más relevante es que en todo caso, incluso cuando de hecho sí son leídos e investigados en sí mismos, todavía se atisba a menudo un intento por amalgamarlos con los desarrollos derridianos futuros: así, Moati dice, por caso, que “la ruptura de las obras posteriores en relación con la memoria [Mémoire] interviene menos al nivel del contenido que de la forma misma en que es llevada la demostración” (Moati 2015: 67), clausurando en nuestra opinión demasiado rápido el debate —y sugiriendo que forma y contenido son escindibles, algo muy dudable para gran parte de los filósofos del siglo XX en general, y para Derrida en particular (y si recordamos que precisamente en PGH Derrida indica la necesaria porosidad habida entre filosofía de la historia e historia de la filosofía, es decir, entre lo que se piensa y cómo se lo piensa, la afirmación de Moati resulta algo incómoda). Por su lado, Ferraris sí señala la existencia de virajes y desplazamientos entre estos textos de juventud, pero los recubre en última instancia bajo una sola y misma intención: lo que el joven Derrida habría querido pensar con la dialéctica en 1954 no habría sido distinto de aquello que dirigiese sus trabajos sobre la cuestión del signo o de la huella (Ferraris 2006: 28).

Así bosquejado el panorama, en esta investigación quisiéramos mostrar que no sólo ese período de producción no encarna un bloque indiferenciado, sino que sus debates y aportes son en sí mismos interesantes y filosóficamente pregnantes. Durante nuestro itinerario nos cerniremos primero sobre los aportes PGH e IOG, y luego ofreceremos una cifra de lectura para abordar sus desplazamientos y variaciones. Por último, en función de aquella cautela que nos parece adecuado guardar ante el peligro de

“homogeneización” de las obras tempranas de Derrida, propondremos una serie de recaudos para tener en cuenta a la hora de comprender la especificidad de los planteos de IOG (en especial de cara a *La voz y el fenómeno*, aunque en esta oportunidad este título no caiga dentro de nuestro radio de estudio).

## 2. La inestabilidad del origen: la dialéctica del paso indefinido del uno al otro

PGH consta de cuatro partes. En la primera aborda el período pre-fenomenológico de Husserl, la segunda se vuelca sobre la fenomenología estática, hasta *Ideen I*, la tercera sobre la fenomenología genética de hasta *Meditaciones Cartesianas*, y la cuarta se vuelca sobre el período donde el motivo histórico adquiere paulatinamente más preponderancia, hasta *La crisis de las ciencias europeas y la fenomenología trascendental*. En total son nueve obras las recorridas,<sup>2</sup> motivo por el cual nuestro desarrollo no podrá ser sino resumido y estratégico.<sup>3</sup> Lo relevante es que las cuatro partes giran alrededor de una misma aporía que se complejiza de manera progresiva.

La tesis básica de la *Mémoire* es que el enfoque genético no mentó nada parecido a una revolución en el pensamiento del alemán sino, antes bien, la explicitación de una preocupación que ritmó desde el comienzo sus desarrollos y que queda, de acuerdo al propio semblante de su empresa, inevitablemente trunca. Una filosofía eidética, parece conducirnos a pensar Derrida durante los desarrollos que revisaremos a continuación, siempre encontrará problemas para dar cuenta con justicia del tiempo y de la pasividad de la empiricidad. Hemos de aclarar, no obstante, que nuestro interés se cernirá menos sobre la reflexión de la viabilidad de los análisis acerca de Husserl que sobre el rastreo de las estrategias que echa a rodar en este primer escrito.

El funcionamiento general del libro puede advertirse ya en su primera parte. Derrida comienza señalando que fue sólo por la insuficiencia explicativa del formalismo ante el progreso matemático que Husserl inició sus investigaciones enfocando al sujeto constituyente como fuente de evidencia absoluta. Si bien ello le debió en contexto el mote de psicologista, para el argelino-francés difícilmente

2. PGH aborda *Filosofía de la Aritmética*, *Investigaciones Lógicas I*, *Lecciones de la conciencia interna del tiempo*, *Ideas I*, *Experiencia y juicio*, *Meditaciones Cartesianas*, “Conferencia de Viena”, *Origen de la Geometría* y finalmente *Crisis de las ciencias europeas*. Para su elaboración, el argelino-francés estudió no sólo los escritos de Husserl publicados hasta el momento sino también pudo consultar, con el apoyo de Herman-Leo Van Breda, los Archivos Husserl en Lovaina (Baring 2011: 113).

3. Para un análisis detallado, ver Larlow (2004: 47-88) y Marrati (2005: 1-26).

pueda encuadrarse *Filosofía de la aritmética* con derecho bajo este rótulo, e incluso llega a decir que aquella misma inspiración —por supuesto, tamizada a través de los desarrollos fenomenológicos— vertebrará aún sus trabajos posteriores. En una exploración pormenorizada de sus desarrollos, Derrida nota que, a la hora de dar cuenta del nacimiento de los conceptos de pluralidad, número y unidad por abstracción, Husserl señala que esta última ha de estar guiada por la noción del “algo en general”. En otros términos, que la abstracción psicológica es secundaria y presupone ella misma una síntesis a priori originaria. Es por ello que PGH espeta —desde ya, con tono algo provocador— que el primer tomo de *Investigaciones Lógicas* (IL) no contradice, sino que profundiza, su inspiración anterior. El problema de este último título es que termina sucumbiendo ante los peligros de una lógica a priori; adviene entonces la dificultad de cómo puede la exactitud formal, purificada de todo contenido empírico, engarzarse con los actos subjetivos y con lo real en general. Recién en el segundo tomo de IL se sobrepondría, haciendo de la lógica formal una lógica trascendental, y del yo empírico un yo fenomenológico. Sin embargo, Derrida se apunta a señalar que esta misma aporía —que básicamente podría resumirse como el intrínquilis entre dar cuenta de la génesis del sentido o del sentido de la génesis— se reinscribe a lo largo de toda su obra.

La segunda parte trabaja primero con las *Lecciones de fenomenología de la conciencia interna del tiempo*. Si bien Husserl apela allí a una síntesis originaria del tiempo, Derrida muestra cómo la protoimpresión es necesariamente intencional y se encuentra por tanto ya liada con un objeto real. La retención “ya constituida” del tiempo inmanente se confunde con el pasado “ya constituido” del tiempo objetivo: en otras palabras, el Eidos del tiempo ha de ser él mismo temporal. Una segunda parte de este capítulo se vuelve sobre *Ideas I, ciñéndose más que todo sobre el status de la hyle* y sugiriendo que, en orden a ser inmanente a la conciencia y poder ser animada, ésta ha de ser ya vivida. Derrida tiene claro que la posibilidad de una experiencia vivida no-animada está completamente vedada para Husserl, no obstante insiste en interrogar con fruición cómo es que el correlato noético-noemático puede integrar la pasividad de lo real. En ambas ocasiones sus desarrollos apuntan a indicar que es una confusión o, en el mejor de los casos, una pasividad primera lo que da letra a la actualidad de la conciencia.

La tercera parte trabaja con *Experiencia y juicio y Meditaciones cartesianas*. En el primer caso se trata de la génesis del juicio, allí donde ésta no puede ser psicológica pero tiene todavía que remitir a la evidencia antepredicativa como fundamento (al menos en cuanto su planteo pretende huir de la

cerrazón del correlato noético-noemático). En el segundo, explora el estatuto de la idea infinita de una ciencia auténtica; allí Derrida pregunta cómo es posible vivir esta última y qué naturaleza corresponde al sujeto que vive intencionalmente “el esfuerzo científico”. Según sugiere, o bien el sentido teleológico es una posibilidad formal a priori que se desenvuelve luego en la historia o, por el contrario, cae del otro lado como un momento ya constituido falto de toda pureza.

La cuarta y última parte aborda distintos escritos conocidos por reintroducir la cuestión histórica, no obstante Derrida expresa que Husserl finge profundizar sus meditaciones sobre la temporalidad para reducir de su esencia dialéctica y salvar la pureza trascendental. Renueva asimismo sus interrogantes acerca de la Idea en sentido kantiano, planteando otra vez cuál es su estatuto fenomenológico, qué clase de evidencia le corresponde y cuál es su sujeto, pero, aún más importante en este capítulo, cómo puede siquiera entrar en crisis siendo de naturaleza trascendental. Lo mismo que Husserl necesita tematizar en vistas a otorgar un diagnóstico y una solución al estado actual de la ciencia, resulta según PGH muy difícil de concertar dentro de su mismo andamiaje conceptual. En términos de “Génesis y estructura” y la fenomenología, la Idea le permite a Husserl orquestrar “esencialistamente” la génesis, tanto ahuyentando la amenaza de una “génesis salvaje” cuanto conteniendo la imposibilidad de clausura estructural de las *esencias de la conciencia* (que, a diferencia de las matemáticas, son “anexactas”).<sup>4</sup>

Sabemos que para Husserl finalmente toda génesis activa recubrirá una génesis pasiva, y que ahí podría leerse una mayor permeabilidad de las dimensiones de derecho, pero para Derrida la fecundidad de esa génesis se verá obturada toda vez que Husserl insista en una perspectiva eidética (tomándola por una necesidad metodológica irrenunciable, allí donde, justamente, todo Eidos ha de tener un correlato al nivel de la actividad intencional). En este sentido, todo devenir genético remite a una constitución que, aún complejizada, sigue recubriendo un carácter estático. El libro entero es un constante devaneo a través de los distintos avatares que adquiere esta dificultad, mostrando cómo es posible advertir cierta porosidad entre las dimensiones constituidas y constituyentes, y de qué manera ésta reclama un enfoque dialéctico que suma bajo tachadura todos los preceptos que hacen a lo que “origen” significa y que permita tematizar la génesis como un producto él mismo genético.

En una serie de sentencias cuyo sentido puede rastrearse, pero carentes allí mismo de un desarrollo

4. “Anexacto” quiere decir que no carecen de exactitud, pero no por una falla en su búsqueda (eso sería lo inexacto).

acorde a su tenor, PGH propone que el yo no está ni dentro ni fuera del tiempo, que es más bien el tiempo temporalizándose, expulsándose y recuperándose en las retenciones y protensiones de una dialéctica que no se integra siquiera a título de génesis pasiva. Según sugiere en este intento por pensar la finitud por un carril distinto del de Heidegger,<sup>5</sup> el devenir *se constituye originariamente no dejando traslucir ningún para-sí* porque emerge fuera de sí permaneciendo inmanente a sí mismo. (Derrida 2015: 163) La esencia humana, dice, ha de comprenderse a través de su existencia, esto es, de su temporalidad. Esta comprensión genética de la génesis imposibilita el planteamiento de *a priori* hiperuranios o *a posterioris* abandonados en el mundo, exigiendo más bien acompañar el raíl sin coto a lo otro de sí. Esta dialéctica de la existencia temporal cuyos lineamientos señala tímidamente PGH no resuelve el dilema señalado en la letra husserliana, pero elucida su sentido filosófico.

Derrida mismo dice que la cuestión de la dialéctica delinea el mapa filosófico y político de Francia de los 60, y bien, PGH se empalma en un debate tanto con la dialéctica materialista de Tran Duc Thao como con la dialéctica formal de Jean Cavallès. Esto coincide con el recuerdo que evocase en una entrevista del 92, donde dice que en aquellos años estudiantiles se enfilaba detrás del interés de reemplazar la fenomenología de corte existencialista por una atenta y sensible a problemas de índole epistemológica (Janicaud 2015: 340). En este sentido, si primero en *Fenomenología y materialismo dialéctico* (1951) el filósofo vietnamita reconstruía hábilmente el problema de la génesis y la temporalidad en Husserl, luego redundaba poco más que en un dogmatismo marxista que terminaba sumiendo su dialéctica bajo una comprensión mundana (y por ello aún metafísica a los ojos de

Derrida). En el caso de *Sobre la lógica y la teoría de la ciencia* (1947) de Cavallès, este argumentaba que la lógica trascendental no lograba distinguirse de una lógica absoluta que, de tan rígida, derivaba en un psicologismo, y que el único modo de escapar a estas dificultades era abordar lo trascendental en términos dialécticos. Sin duda Derrida absorbe mucho de su planteo, pero le atribuye cierto formalismo allí donde, argumenta, sorprenderse de aquella coincidencia es sorprenderse de la evidencia de la temporalidad (Derrida 2015: 215-222).

Si bien en los años posteriores Derrida se declara crítico de la noción de dialéctica en todo su radio (Derrida 2014: 61-150), y así quedará para el resto de su obra, es sensato señalar que lo que viene a recubrir este vocablo en PGH no es realmente una *Aufhebung*, sino la endeblez que parece sitiar todas las dimensiones de hecho y derecho. Es menos la conciliación de momentos dispares que el tránsito inevitable *entre* una y otra lo que queda en primera plana, allí donde acusar recibo de lo forzoso de síntesis es ya señalar su imposibilidad: si de buenas a primeras es necesaria, es porque el origen no es simple. De hecho, la “Advertencia” expresa que en este punto PGH está muy cerca de la posterior noción de *supplément* (Derrida 2015: 15). De manera semejante como “dialéctica” no encarna en PGH ningún relevo, lo constituido a menudo empuñado frente a lo trascendental no es para Derrida concretamente —“substancialmente”— nada, sino que tiene la función de llamar a una co-implicación entre actividad y pasividad capaz de burlar las fauces de toda evidencia. Estas precisiones permiten distinguir y simultáneamente comprender el esfuerzo derridiano en contexto.

Casi cuarenta años más tarde, en ocasión de su edición, la “Advertencia” de PGH dice que allí ha recorrido “toda la obra de Husserl con la imprudencia imperturbable de un escáner” (Derrida 2015: 15).<sup>6</sup> Aunque su ritmo sea en efecto vertiginoso —motivo por el cual hemos debido contentarnos con un esquema que nos permitiese vislumbrar su fisonomía general—, secundamos a Campos Salvaterra cuando dice que este libro ostenta ya la base “operacional de la deconstrucción, en cuanto ejercicio textual no metodológico ni tético, que no pretende en ningún caso una lectura de ‘apropiación’, sino ciertamente la posibilidad de poner en *juego* cada uno de sus cortes y decisiones” (Campos Salvaterra 2017: 69). En este primer escrito Derrida aborda ya la contradicción como aquello que, lejos de obstaculizar, invita a la lectura y la reflexión filosófica.

5. PGH no se expide realmente sobre Heidegger, pero en distintos sitios expresa que mientras que el pensador alemán aduzca que asumir “el ser-para-la-muerte” devuelve cierta autenticidad, se suspende la dialéctica de la temporalidad originaria. Ahora bien, en una entrevista unos años más tarde, Derrida declara que su *Mémoire* “en cierto sentido [...] está largamente influenciada por las referencias, a veces implícitas, a veces explícitas, a Heidegger y a cierto cuestionamiento de Husserl por parte de Heidegger. Lo que es decir que esta tesis, que eventualmente se convirtió en un libro, *El problema de la génesis en la filosofía de Husserl*, fue un trabajo que no habría sido posible sin Heidegger” (Janicaud 2001-2: 92). La traducción es nuestra. Nos parece claro que este ensayo aborda las encrucijadas epistemológicas de Husserl desde un *pathos* heideggeriano. “La solución vendrá de la comprensión de la unidad dialéctica de la esencia del hombre con su existencia —que la fenomenología de Husserl tendería a separar—, es decir, de la esencia humana con su temporalidad [...] que no se concibe sin hacer eco ni proponer una reescritura casi parafrásica de algunas de las fórmulas clave de *Sein und Zeit*.” (Moati 2015: 79)

6. La traducción de esta y todas las citas textuales cuya lengua original es extranjera ha sido supervisada. En el caso de no haber traducción castellana disponible, se ha hecho una propia.

### 3. La regresión del origen: el lenguaje como médium de la historicidad

IOG corresponde al largo primer período post-ENS. Ocupó a Derrida de 1956 a 1962, entre Harvard y el servicio militar, y finalmente fue reconocido con el Premio Cavaillès de Epistemología Moderna (Powell 2006: 37-45). Por curioso que ello suene dentro de la biografía intelectual derridiana finalmente consagrada (que podrá disputarse un matiz u otro, pero que definitivamente no se enfila detrás de la columna de la filosofía de las ciencias), ello es perfectamente concordante con los desarrollos de IOG. Desde la literatura derridiana suele haber una dificultad para abordar este texto, y nos parece que tiene que ver o bien con leerlo desde los preceptos de 1967, o bien con reducir la especificidad de sus debates e interlocutores (donde resaltan nombres muy pregnantes en su contexto, como Suzanne Bachelard, Jean Toussaint Desanti y Jacques Bouveresse) como a idilios de juventud.

Con ocasión de una introducción a un libro de Canguilhem, Foucault opone dos líneas exegéticas de la fenomenología husserliana en aquel momento: la “filosofía del sujeto” —encarnada principalmente por Sartre y Merleau-Ponty— frente a la “filosofía del concepto” —donde estarían Cavaillès, Bachelard y el mismo Canguilhem (Canguilhem 1978: 8). Y bien, tal nos parece un encuadre justo para aproximarnos al texto derridiano; de acuerdo con sus elaboraciones, y en la misma línea de lo que mencionase en la entrevista antes citada, Derrida trabaja en aquel tiempo a todas luces desde la segunda trinchera. Sólo luego de haber marcado precisiones epocales semejantes es legítimo señalar, desde la actualidad, que IOG es también un texto en buena medida “bisagra” que recubre asimismo una serie de nodos fundamentales para su pensamiento posterior. Según esperamos mostrar, su relevancia no descansa únicamente en los problemas puntuales que trata, sino en el movimiento que lo oficia ( viniendo desde PGH) y en la estela que abre camino a sus elaboraciones futuras; tal vez más en los senderos que en los frutos. A continuación, procuraremos ofrecer un panorama de sus desarrollos.

En su *Origen de la Geometría* Husserl interroga fenomenológicamente cómo alcanzan a labrarse los objetos ideales que constituyen una tradición científica. Según dice, la historia empírica ha de reducirse para llegar a la cualidad ahistórica del sentido geométrico, y únicamente allí y de esa manera puede rastrearse, a su vez, la historicidad original del objeto ideal. Su meditación busca esclarecer las relaciones de derecho habidas entre uno y otro estamento, y la *Introduction* derridiana explicita, con tranquilidad y una lucidez analítica notables, las distintas dimensiones problemáticas que se despliegan conforme avanza

el análisis del fenomenólogo. Sólo a partir de la tripartición sugerida (i. circunstancias genéticas contingentes, ii. verdad ahistórica, iii. objetividad del sentido) puede Husserl reconocerle cierto poder de creación o inauguración a los primeros geómetras; esto es, porque ello justamente no atañe al absoluto geométrico sino a su objetividad ideal. Es ésta cuyo nacimiento, entidad y carácter históricos le interesa explorar a Husserl en esta oportunidad. Ahora bien, prosiguiendo con el texto, si el acto fundador es tal, no puede jamás serlo *qua* acto empírico: de ser así, la dignidad entera del acto constituyente y de la verdad científica serían destronadas, y no podría explicarse por qué una alucinación no resulta tan inaugural como los teoremas de Pitágoras.

“[E]l verdadero contrario de la alucinación, como de lo imaginario en general, no es inmediatamente la percepción sino la historia; o, si se prefiere, la conciencia de historicidad y el despertar de los orígenes” (Derrida 2000: 36), dice para esclarecer este brete. Para ponerlo en otros términos, hay evidencia geométrica en tanto y en cuanto es evidencia de una objetividad ideal, y ésta sólo es *luego* de haber sido puesta en circulación común e intersubjetiva. Nos encontramos con una regresión al infinito. Siempre que Husserl enfatice sobre la absoluta necesidad de aquella “primera vez” de inscripción del objeto, admitiendo casi como un detalle que sea inaccesible para nosotros, el argelino-francés subrayará lo elocuente de este carácter esquivo. No solamente sucede que para abordar las dimensiones de derecho necesitamos imbuirnos en los hechos, sino que éstos se señalan unos a otros, guiándonos hacia un horizonte infinito. Por necesidad y para que opere como tal, el origen ha de haberse perdido.

*En parte*, IOG replica la óptica de análisis que PGH había desplegado acerca de este mismo texto (Derrida 2015: 265-276). En la sección anterior no hemos podido desarrollarlo, pero básicamente tanto en 1954 como en 1962 Derrida subraya que el acto inaugural sólo es descifrable en retrospectiva, a partir del objeto ya constituido. De allí que dé a leer “*Rückfrage*” como “*question en retour*” (“pregunta en retrospectiva”): en ambos textos se recuerda el método del “zigzag” avistado por Husserl en *Crisis*, en la medida en que sólo podemos alcanzar la fuente constituyente a la luz de lo constituido, y nunca al desnudo. Husserl emprende una variación histórica, noética y reactivante, de cara a dar con aquella “primera vez” que es forzoso que haya sucedido (aunque sepa que es imposible de apuntalar: sólo la recibimos como regresión o abismo). Ahora bien, *por otra parte*, IOG introduce novedades relevantes al planteamiento inicial de la dialéctica entre constituido y constituyente. La escritura, tópico central del escrito husserliano, es despachada por PGH como una ingeniería empírica, dentro del cúmulo

de “técnicas por las que la transmisión y la herencia de las ideas resultan cada vez más fáciles” (Derrida 2015: 270). No tiene sino la función de mostrar cómo lo constituyente necesita de lo constituido, y si bien ello no es enteramente descartado por Derrida en esta oportunidad, sí es complejizado: la operatividad específica de la escritura deviene aquí su brújula de trabajo.

La publicación tardía de PGH en 1990 fue revisada, y justamente llegada la mención de la escritura hay una nota al pie que reza: “tiempo después anoté junto a estas líneas: *No, ¡revisar!* J.D. 1990.” (Derrida 2015: 270) En 1962 Derrida comprende que el problema del origen de la geometría es a la vez el de su historia y tradicionalización, y que un desglose analítico que entrara a distinguir una cosa y otra confundiría lo que allí en verdad es el mismo problema. Esto mismo fue lo que nos enseñaron las reflexiones husserlianas acerca de la “primera vez” del objeto, que ha de ser siempre ya histórico. Ahora bien, si el objeto ideal es el modelo absoluto del objeto en general, y si el objeto matemático es el más ideal de todos porque se agota en su fenomenalidad, elucidar el nacimiento de la geometría es simultáneamente reflexionar acerca de la génesis de la objetividad absoluta del sentido. Así las cosas, el curso de la exploración husserliana escalará rápidamente a preguntas tales como cómo puede una evidencia subjetiva tornarse en objetiva, y cómo es posible el circular intersubjetivo del sentido. Es decir, cómo es posible la tradición.

Las primeras líneas de la sección V declaran de buenas a primeras que la posibilidad de la tradición es el lenguaje. En un capítulo muy oscuro que explicita menos de lo que subterráneamente elabora, Derrida emprende por primera vez en su itinerario filosófico una meditación acerca del lenguaje (tópico que, sabemos, acompañará toda su carrera).<sup>7</sup> Si, según Husserl, constituir un objeto ideal es ponerlo a disposición de la mirada pura intersubjetiva, otorgándole un espesor tal que le asegure permanencia y lo libere de la evidencia actual que pudiera tener una subjetividad actual en general, el lenguaje es el elemento fundamental de la tradición. O, antes bien, su éter. Sólo gracias a él el sentido se vuelve asequible, comunicable y manipulable en términos intersubjetivos, de modo de poder circular históricamente. “Sin duda, la verdad geométrica se sostiene más allá de toda expresión lingüística particular y fáctica como tal. [...] Pero la objetividad de esta verdad no podría constituirse sin la posibilidad pura de una información en un lenguaje puro en general.” (Derrida 2000: 72)

7. El carácter esquivo de este capítulo probablemente tenga que ver con que por esta época Derrida estaba también elucubrando un proyecto de tesis sobre la idealidad del objeto literario en la fenomenología husserliana bajo la dirección de Hyppolite (Derrida 1997: 12). Finalmente no fue realizado, pero su impacto se hace sentir en los escritos de esa época.

Sin el lenguaje, la idealidad geométrica sería inefable y permanecería encadenada a la vida psicológica. La intersubjetividad trascendental se descubre condición de la objetividad, de allí que Husserl diga que el habla no es mera expresión (*Äusserung*) sino la posibilidad jurídica de la constitución del objeto y su verdad. Su planteo busca elidir tanto la pura sincronía (a la que sobrevendría una explicitación fáctica) como la diacronía empírica (incapaz de fundar juridicidad alguna), con el fin de mostrar de qué manera la tradición y la verdad están atravesadas por un sentido de historia, de *historicidad* hartamente más sofisticado. Por su parte, como en PGH, Derrida se opone a lecturas como las de Merleau-Ponty, y opina que este gesto recubre menos de la redención de todo lo hasta el momento desestimado en la fenomenología (la historia y la facticidad) que un procedimiento casi inmunológico que buscaría exorcizar su peligroso influjo enseñando dependencia jurídica y trascendental.

Ahora bien, aquel “habla” al que Husserl reconoce una función constituyente tiene que ser entendida como escritura.<sup>8</sup> No es la oralidad, sino la inscripción gráfica la que posibilita la tradicionalización del sentido, en la medida en que libera el sentido de una subjetividad actual hacia la subjetividad trascendental en general, abriendo un “campo trascendental sin sujeto” (sintagma hyppolitiano al que remitiremos en un momento) ritmado por una espacio-temporalidad escritural. La estrategia derridiana consiste en señalar la ambivalencia de esta virtualidad, porque lo mismo que libera la objetividad permitiéndole erigirse, la ubica de cara a la crisis —en sentido husserliano— en la medida en que trabaja con y gracias a cierta pasividad. A la par que instituye la comunidad intersubjetiva, la escritura inscribe la posibilidad inerradicable del malentendido porque pierde en el camino el acto intencional que le infunde originalmente sentido. Conocemos, no obstante, la respuesta de Husserl a esto: el científico —*qua* funcionario de la humanidad (Derrida 2000: 174)— ha de reactivar “responsablemente” el sentido en cada oportunidad. Derrida enfatiza el imperativo de univocidad (Derrida 2000: 101) y de fenomenalidad —es decir, de dar con una pura superficialidad ante la mirada— que recorre su fenomenología, e insiste en mostrar cómo el lenguaje repele este tipo de preceptos. Así, IOG presenta a la fenomenología husserliana como una “filosofía del ver” (148):

8. Antes de constituir un objeto idéntico para otros sujetos, la idealidad ha de ser reconocible en su unidad para los distintos momentos del mismo sujeto. Eso es posible mediante la dialéctica de la temporalización en la constitución del Presente Viviente. Sabemos no obstante que ello no alcanza para la constitución de la objetividad. La oralidad carece de la opacidad necesaria para autonomizarse del sujeto hablante.

La equivocidad es el camino de toda aberración filosófica. [...] La expresión unívoca emerge totalmente a la superficie y no ofrece repliegue alguno a las significaciones más o menos virtuales que las intenciones podrían depositar allí a lo largo de los recorridos de una lengua y de una cultura. De este modo se comprende que Husserl siempre asocie el proceso de la equivocidad con una crítica de la profundidad. El lenguaje unívoco sigue siendo el mismo porque lo pone todo de manifiesto en una evidencia actual, porque en él nada se oculta o se anuncia en la penumbra de las intenciones en potencia, y porque dominó toda dinámica del sentido. De este modo, preserva su identidad ideal a través de todo el acontecer de la cultura. La univocidad es la condición de una comunicación entre las generaciones de investigadores, sin que importe la distancia que los separe. Asegura la exactitud de la traducción y la pureza de la tradición. (Derrida 2000: 101-102)

Pero, como sugerimos, las palabras y el lenguaje “no son y no pueden ser jamás *objetos* absolutos” (Derrida 2000: 104) y ello porque no se despliegan en la imperturbabilidad del plano liso: el éter de la objetividad no es él mismo objetivo, viola el “Principio de los principios” del §24 de *Ideas I*.<sup>9</sup> A su vez, no hay un mundo de entes naturales al cual el lenguaje pudiera reducirse para disolver sus equívocos; Derrida muestra cómo esta reducción nunca es la remisión a un mundo primitivo sino, antes bien, a una cultura determinada (inexistente por tanto sin la posibilidad del lenguaje, con lo cual se cae en una regresión al infinito).

Si la equivocidad prolifera como maleza, imposibilitando toda reactivación total, la tradicionalización del sentido se descubre de buenas a primeras sitiada por todo lo que la pone en jaque. De allí que el lenguaje en general, y la escritura en particular, (im)posibiliten la constitución de los objetos ideales más altos. Husserl caracteriza al cuerpo lingüístico o gráfico como una “corporeidad espiritual” (*geistige Leiblichkeit*), pero Derrida persigue lo minúsculo de este funcionamiento interrogando cómo pueden realmente unirse de manera tranquila —al menos, desde los preceptos propios del fenomenólogo— aquellas dos naturalezas heterógenas. Para el joven argelino no es en absoluto evidente que la rugosidad del lenguaje pueda utilizarse en favor de la idealidad

9. Y nótese que se suponía que la tierra era el elemento más universalmente expuesto ante la mirada, más permanente y rígido. Por ello dice Derrida que era natural que proveyese las primeras idealidades (Derrida 2000: 78).

del objeto sin mayores costos, sin subrepticia y simultáneamente administrarle su veneno. Podríamos ver aquí los bocetos de la futura noción derridiana de *phármakon*.

Del capítulo VIII en adelante, IOG insiste sobre aquel imperativo de univocidad desde una perspectiva más amplia. Aunque irrealizable, éste custodia el proceder de la historicidad como su horizonte apriórico y teleológico, al modo de una Idea en sentido kantiano. Derrida vuelve a rumear, como años antes, alrededor del dudoso estatuto fenomenológico de la evidencia de esta idea. Se trata de una trascendencia en la inmanencia, que no es nada allende la historia, que no es trascendente, pero que arbitra el ritmo, administra los suspensos y marca la continuidad de la historia:<sup>10</sup> simultáneamente condición de posibilidad de la historia (trascendente a ella) pero únicamente existente *en* y legible *desde* la historia (inmanente). De allí que la *Introducción* culmine diciendo que el Absoluto es (nada más que) Pasaje. Una vez más, “Pasaje” debe ser entendido como una tarea sin resolución posible.

Antes de dar término a esta sección, quisiéramos señalar que hay distintos sitios donde IOG parece, si no continuar, señalar sugestivamente hacia los desarrollos de PGH (en aquel momento, hemos dicho, inédita). Esto puede rastrearse, por un lado, en las apelaciones al proceso de temporalización, que no vuelve a estudiar con tanto detalle pero que tematiza una vez más en términos dialécticos: el Presente Viviente, como absoluto primordial de la temporalidad, es leído aquí como dialecticidad originaria entre protensión y retención (Derrida 2000: 50). Dentro de los “ensayos fenomenológicos” de Derrida esto es relevante porque si bien IOG parece ubicarse de cara a *La voz y el fenómeno* (por ejemplo, introduciendo el tópico del lenguaje), en lo que concierne al tratamiento de la temporalidad IOG está todavía mucho más cerca de PGH que de aquella obra, donde la noción de escritura adquiere una sofisticación tal que baña y fractura toda la subjetividad trascendental (de un modo aún distinto a IOG). Por el otro, y de manera más interesante, las referencias a PGH vuelven a título de la relación de la conciencia con su otro:

Hemos visto que esta ‘actividad’ de la conciencia era a la vez anterior y posterior a una pasividad; que el movimiento de la temporalización primordial, fundamento último de toda constitución, era dialéctico de un extremo a otro; y que, como lo quiere toda dialecticidad

10. Baring remarca cómo ante esta idea “no necesitamos elegir, siguiendo a Cavaillès, entre una ‘lógica absoluta’ y una ‘lógica trascendental’” (Baring 2011: 179).

auténtica, no era sino la dialéctica de la dialéctica —la implicación indefinida, mutua e irreductible de las protensiones y de las retenciones— con la no-dialéctica. (Derrida 2000: 150)

“Hemos visto” reenvía a PGH. La dialéctica no se contiene en los límites de lo trascendental sino que desciende, rasga su interior y huye hacia el recinto supuestamente contrario. Gracias a estos enclaves las menciones acerca del Absoluto como Pasaje y Peligro —así como la propuesta de una “Diferencia Trascendental” (Derrida 2000: 162) — cobran espesor. Sin lugar a dudas estas caracterizaciones resultan curiosas desde los desarrollos posteriores del derridiano —donde tan sólo el uso tranquilo de mayúsculas y el abrazo a lo trascendental resultan, cuanto menos, sospechosas— pero, poniendo entre paréntesis provisoriamente estos aspectos, nos gustaría enfocar cómo IOG anuda la dialéctica de PGH inaugurando simultáneamente desarrollos sobre el lenguaje. Esta introducción mienta, a nuestros ojos, novedades dignas de exploración. Si hemos dicho que IOG es un texto “bisagra”, en la próxima sección ofreceremos una serie de lineamientos con el fin de comenzar a elucidar el sentido filosófico de este camino.

#### 4. El texto oculto tras todo relato empírico

Podría apuntarse que la distancia habida entre PGH y IOG es análoga a los desplazamientos acontecidos en el panorama intelectual de Francia entre 1940 y 1960. En el 43 salió a la luz *El ser y la nada*, en el 45 *Fenomenología de la percepción*, y en el 49 *Descubriendo la existencia con Husserl y Heidegger*. Si las coordenadas estaban signadas por las “variantes heréticas” de la fenomenología, hemos dicho que Derrida comienza su camino esforzándose por pensar no tanto la filiación entre fenomenología y existencia sino entre fenomenología y epistemología. En la década del 60, no obstante, el aire comienza a cambiar: en el 59 se publicó de manera póstuma el *Curso de lingüística general*, en boca de Descombes (1998: 105), la dialéctica pasa al “banquito de los acusados”, y son más bien las determinaciones formales y diferenciales las que concentran la reflexión. Recuerda Foucault:

En el momento en que el problema del lenguaje salió a la luz, se mostró que la fenomenología no era tan capaz como el análisis estructural de dar cuenta de los efectos de sentido que podían ser producidos por una estructura de tipo lingüístico, en la que el sujeto, en la

perspectiva de la fenomenología, no intervenía como donador de sentido. Y naturalmente, al encontrarse la novia fenomenológica descalificada por su incapacidad para hablar del lenguaje, el estructuralismo pasó a ser la nueva novia. (Foucault 1983: 199; traducido del inglés)

Todo esto es cierto, pero quisiéramos plantear que la cuestión del lenguaje no llega primeramente a Derrida a través del estructuralismo y la lingüística, como textos algo posteriores —*La voz y el fenómeno* y ya decididamente *De la gramatología*— parecen indicar. En su lugar, secundamos la lectura de Lawlor, el principal intérprete dentro de la literatura derridiana actual que subraya el portentoso influjo que Jean Hyppolite tuvo sobre aquella camada.<sup>11</sup> De buenas primeras, se trata de una figura fundamental en términos biográfico-académicos durante los primeros años de Derrida; no sólo valoró positivamente PGH y lo animó a su publicación (Derrida 2015: 14), sino que fue el director elegido para su proyecto doctoral (Derrida 1997: 11) y junto a Althusser recomendó a Derrida para ingresar en el ENS como docente (Powell 2006: 32). Su impacto es fundamental en términos epocales, pero dentro de la crítica derridiana suele diluirse en la misma medida en que también los textos anteriores a 67 tienden a desdibujarse.<sup>12</sup>

Hyppolite tuvo la proeza no sólo de confrontar la lectura de Kojève, sino de introducir una reflexión acerca de la densidad metafísica del lenguaje dentro de la obra hegeliana. En nuestra opinión, las novedades que ofrece IOG han de comprenderse a partir de su estela. Y, en particular, de *Lógica y existencia* (en adelante LE) (1953). De hecho, no es una referencia nueva: aunque durante la conferencia

11. Con esto no queremos decir que la impronta de Hyppolite y el estructuralismo no hayan terminado confluyendo epocalmente. Eso sería faltar al más básico rigor histórico porque justamente aquél es considerado el antecedente fundamental de los pensadores postestructuralistas. Dicho esto, sí nos parece provechoso señalar que encaran meditaciones de naturaleza distinta, en función precisamente de la naturaleza de sus fuentes. Eso no los destina a la clausura, pero nos parece distinto interrogar las funciones del lenguaje anclándose en la filosofía especulativa, en el idealismo alemán, o pretendiendo otorgar un enfoque pasible de ser aplicado de modo amplio por todas las ciencias sociales. Derrida recibirá influjo de ambos, pero nos parece operativo —especialmente en textos donde uno está y el otro no, y en el medio de una exploración acerca de la emergencia del problema del lenguaje en su filosofía— diferenciar sus trazas.

12. Hablamos de la tríada *La escritura y la diferencia*, *De la gramatología* y *La voz el fenómeno*, las tres de 1967. Los primeros dos títulos recogieron muchos artículos publicados anteriormente, y ello permitió que formasen sin duda alguna la “obra” derridiana. Técnicamente IOG también la integra, pero su disparidad temporal y temática terminaron echándole un halo de extrañeza. PGH ha hallado todavía más problemas porque fue editado recién en 1990.



no lo nombre una vez, es obvio que “Genesis y estructura’ y la fenomenología” (1959) alude ya en el título explícitamente a Hyppolite. Sin embargo, mientras que *Genesis y Estructura de la Fenomenología del Espíritu de Hegel* (1946) (en adelante GEF) se ofrece como un comentario agudo y cuidadoso de la *Fenomenología* hegeliana, LE nos parece encarnar un ánimo tanto más audaz en la medida en que interroga sus principales corolarios tomando como referencia un problema en particular, a saber, la naturaleza, la operatividad y los límites del lenguaje. En lo específico de IOG, LE le permite a Derrida —entonces ya lector de Husserl— darle curso y configuración específica a los interrogantes que Fink ya plantara sobre el lenguaje trascendental (Berger 1941: 65), hilvanándolo simultáneamente con un desarrollo original. A continuación, ofreceremos una serie de enclaves para aclarar esta sentencia.

A sabiendas que no podemos emprender aquí una recapitulación total de los planteos de LE, nos centraremos sobre un capítulo en particular —“El sentido y lo sensible”— que enlaza lo fundamental de sus elaboraciones. Hyppolite extrae fuertes consecuencias del §458 de la *Enciclopedia* en lo que concierne a la “génesis dialéctica del lenguaje” que allí se detalla: en un primer momento el Yo es afectado por la intuición desde el exterior, y la memoria (*Erinnerung*) interioriza su imagen volviéndola disponible para la imaginación, que en adelante prescinde de la existencia de su referente inicial. Tal la primera negación de lo sensible. Luego la *Gedächtnis*, que Hyppolite interpreta como “memoria objetiva” o “memoria del lenguaje” (Hyppolite 1987: 39) propicia la segunda; a diferencia del símbolo, cuya operatividad descansa sobre la semejanza con su referente, el signo se presenta completamente autonomizado. Es la diferencia entre la memoria productiva o reproductiva. Lo relevante de todo esto es que, según explica Hegel, el signo termina por emplazar al sensible original. No hace falta ver a un león ni hacerse su representación mental para pensarlo, y en la medida en que el signo es él mismo arbitrario, su cuerpo se borra.

El lenguaje se consagra *médium* de la dialéctica porque el signo aúna ser y sentido, exterioridad e interioridad, conservando y sublimando lo sensible. A su vez, el discurso filosófico del ser es el discurso del ser a través del filósofo, y esto ha de interpretarse en términos fuertes: Hyppolite insiste en que es menester interpretar la filosofía hegeliana como ontología —y no como antropología—, allí donde el ser se diferencia autoengendrándose y pensándose, es decir, donde el ser *es* ya sentido, *lenguaje*. De allí, a su vez, que en la filosofía “la proposición especulativa no reposa en sujeto u objeto, sino en la inmanencia del sentido que es él mismo” (Hyppolite 1987: 181). Que lo verdadero sea la mediación quiere decir que lo verdadero es el

lenguaje, el ser en su autodiferenciación. Dice Deleuze en una reseña de LE: “No hay más allá’ quiere decir que no hay más allá del mundo (porque el Ser no es más que el sentido), que en el mundo no hay un ‘más allá’ del pensamiento (porque el ser es lo pensado por el pensamiento), y que ni siquiera hay un pensamiento ‘más allá’ del lenguaje.” (Deleuze 2005: 23)

Si el lenguaje fuese instrumento técnico humano, y si no oficiase nada más que una traducción, quedaría entrampado a un planteo trascendental que no redundaría sino en la propia configuración subjetiva. De allí que para Hyppolite —contra las lecturas humanistas de Hegel, cuyo epítome epocal es Kojève— el decurso de lo Absoluto no coincida con el autoempuñamiento del hombre, y que lo humano no sea sino un sitio de encuentro y reflexión suya.

Ante todo, no es nuestro objetivo juzgar la proeza o flaqueza de Hyppolite, ni ofrecer una lectura sobre la relación entre Hegel y Husserl; sobre ello hay una magnífica cantidad de bibliografía disponible, y sería materialmente imposible pretender aquí hacer tal cosa. Nos ceñimos sobre las lecturas derridianas, procurando abrir claros de sentido desde donde comprender los movimientos fundamentales de sus elaboraciones. Lo dicho recién sobre Hyppolite será decisivamente fundamental para “Los fines del hombre” (1968), donde Derrida marca sus discrepancias ante las lecturas humanistas de Hegel, como para “El pozo y la pirámide” (1968), que trabaja directamente la semiología en Hegel. Ahora bien, como hemos sugerido, creemos que el influjo de LE se extiende más allá, o mejor, “más acá” de esos textos: que constituye un yacimiento clave en estos años de elaboración derridiana, en particular en lo que concierne a los trabajos sobre la fenomenología husserliana, y que especialmente nos permite delinear con éxito los desplazamientos habidos entre PGH y IOG.

Hemos dicho que 1962 Derrida señalaba, en referencias que no sugerían discrepancias, hacia PGH. Así lo sugirieron sus menciones acerca de la dialéctica y de la pasividad. No negamos esto, pero notamos que en IOG este “mismo” trabajo es emprendido a través del tamiz del lenguaje, no pareciéndonos éste un desliz menor. El mismo Husserl apunta en su OG la función constituyente que tienen el lenguaje en general y la escritura en particular, pero lo que en PGH había pasado inadvertido (como “técnicas” que, en el medio de la clásica aporía entre psicologismo y logicismo, venían a inscribir un empirismo), en IOG cobra un tenor completamente nuevo y abre toda una dimensión problemática hasta el momento inexplorada.

Como en la exégesis hyppolitiana, para Husserl también el lenguaje releva (*aufheben*) lo sensible. En la medida en que propicia síntesis opacas, por ello aprehensibles intersubjetivamente, libera lo prístino del sentido de sus condiciones fácticas;

brega por lo trascendental.<sup>13</sup> El lenguaje atesora la idealidad hilvanándola en una objetividad, abriendo simultáneamente los umbrales de la historicidad. El *dictum* hyppolitiano es que no hay sentido prelingüístico, ni justamente ser que no se done como sentido, y creemos que salvando las distancias eso es lo que le aplica Derrida a Husserl. En IOG no hay allende el discurso, no hay allende la historia, y ello en dos sentidos. *En primer lugar*, Derrida subraya lo elocuente que resulta que no sólo los conceptos empíricos, sino también —o sobre todo, admirando su función arquetípica— las idealidades matemáticas requieran del lenguaje. A tal punto es así, que buscando su nacimiento sólo se encuentra una regresión al infinito de talante histórico-discursivo. “El entendimiento discursivo, entonces, determina el entendimiento intuitivo, aunque el entendimiento intuitivo produzca el entendimiento discursivo” nos dice Lawlor (2002: 92) sobre esta filiación. Así, aunque la interiorización de la “primera vez” tenga —aunque más no sea por sentido común— que haber sucedido, y anteceda la expresión y transmisión de una objetividad, la *Gedächtnis* determina a la *Erinnerung*. Lo contrario nos resulta inefable. *En segundo lugar*, pero vinculado, IOG nos dice:

Lo mismo que para Hegel, y por las mismas razones, no hay para Husserl historia natural. La analogía será aún más profunda cuando veamos que, tanto para Husserl como para Hegel, la cultura misma, en sus unidades empíricas finitas, no basta para constituir la unidad pura de una historia. (Derrida 2010: 49)

Tanto para Husserl como Hegel, hay historia si hay objetividad auténtica, es decir, que esté tramada sobre suelo intersubjetivo, esto es, gracias al lenguaje. De otro modo no habría sino *empíria* “a-conceptual” (y “a-conceptualizable”). Y en la medida en que la objetividad matemática no es una forma de cultura más, sino el modelo de todo objeto y de toda cultura, y en que Husserl termina internándose en meditaciones entorno a la tradición, resulta que no hay afuera del lenguaje. La Idea kantiana se devela como la textualidad que hilvana lo disperso y resuelve lo equívoco en un mismo tejido. No hay historia natural porque no hay historia no textual.<sup>14</sup> “Husserl sólo quiso

13. Nos parece que el heliocentrismo ha privilegiado no realmente lo visible en su materialidad, sino la diafanidad y autoinmediatez de la luz: la visibilidad.

14. Por lo demás, en su cuarta PGH analiza qué sitio toca entonces a los pueblos que, parece sugerir Husserl, no están dirigidas por el *Eidos* europeo (Derrida 2015: 251-287)

descifrar por adelantado el *texto* oculto tras todo relato empírico” (Derrida 2000: 59), dice IOG como dándonos un señuelo.

Con esto no pretendemos hacer del maestro fenomenólogo un pensador postestructuralista. En todo caso, avistó un sentido de lenguaje no netamente instrumental, pero a condición de investirlo con rapidez de un linaje trascendental. Esto último es aquello cuyo éxito discute Derrida cuando argumenta que el lenguaje no se deja realmente plegar a los fines husserlianos, y aquí volvemos como en un espiral a las tesis de PGH: lo trascendental huye hacia lo constituido, y lo que hay es más bien una contaminación y pasaje de uno a otro. En todo caso, lo “auténticamente derridiano” en esta recuperación de la cifra hyppolitiana para leer a Husserl tiene que ver con pensar que esta dialéctica queda inevitablemente trunca. *Precisamente* porque, secundando a Hyppolite, el lenguaje no es un objeto o un mero útil al servicio del hombre, no puede bordeárselo. Todo sentido está *consignado*, ya ha desaparecido ante la mirada. Y justamente, ello discute los fundamentos de la ingeniería husserliana. IOG sigue a LE cuando subraya que no hay ni un “mundo otro” inefable ni un empirismo burdo, sino el trabajo del lenguaje.

En IOG hay tres menciones a Hyppolite: una a GEF qua introducción docta (Derrida 2000: 103), otra a LE —como referencia al pasar en un comentario sobre la operatividad del lenguaje para Hegel y Mallarmé-Blanchot (Derrida 2000: 62) —, y finalmente otra a la intervención que hiciera en el Coloquio de Royamount a cuento de la presentación de Van Breda (Derrida 2000: 85). Esta última es acerca del “campo trascendental sin sujeto” cuya apertura Derrida le atribuye a la escritura. Dijimos que era un sintagma hyppolitiano, y bien, en aquel Coloquio el francés interpreta la reducción fenomenológica como aquello que conduce a una dimensión que se sustrae tanto del subjetivismo cuanto del objetivismo, irguiéndose en un “entre” refractario a toda unidad simple (Hyppolite 1968). Por tímida que sea esta mención, nos parece que se empalma con los aportes que estamos intentando marcar de LE: la escritura abre un “campo trascendental sin sujeto” porque inaugura la historicidad, donde en todo caso subjetividad y objetividad pueden engarzarse y encontrarse, pero que ni se presta al entero dominio de la primera ni conserva exactamente congelada a la segunda.

Repetimos que, en todo caso, mientras que para Hyppolite el logos completa exitosamente la inmanencia, para Derrida ello se devela imposible: de allí sus menciones sobre una Diferencia Trascendental sobre final de su ensayo.<sup>15</sup> En nuestra opinión, si bien

15. Sus filosofías finalmente transitarán caminos dispares, pero en la reseña de LE Deleuze apela a la posibilidad de lo que

Lawlor acertó proponiendo el influjo de Hyppolite, perdió de vista como dato fundamental que ese debate se da en gran parte a través de la cuestión literaria: por raro que parezca mezclado con el motivo epistemológico, por esos años Derrida se encontraba tramando su tesis acerca de la idealidad del objeto literario en Husserl, para cuya realización eligió precisamente a Hyppolite como director. Y es que, en efecto, aquella “génesis dialéctica” hegeliana del lenguaje no sólo impacta sobre Hyppolite, sino sobre Mallarmé y Blanchot, en su caso trabajada desde la literatura. Ya mencionamos que hay una nota al pie que hace esta filiación. Ello no nos parece casualidad, y aunque falte su desarrollo, nos permite leer tanto su punto de discrepancia con Hyppolite<sup>16</sup> como elucidar las pocas pero recurrentes menciones de IOG a la literatura (que de otro modo restan incomprensibles). Si recordamos que Husserl dice que la literatura abarca todas las formaciones ideales (Derrida 2000: 167) y que Derrida lo subraya (Derrida 2000: 60), notamos que no se trata de una reflexión foránea. Aunque no podemos demorarnos aquí porque nos desvía temáticamente, creemos que nuestra sugerencia completa y complejiza la cifra hermenéutica de Lawlor. De cualquier manera, insistimos en que las variaciones de PGH a IOG tienen que ver con la introducción del problema del lenguaje.

Si durante nuestra investigación hemos preferido ceñirnos sobre PGH e IOG, a continuación ofreceremos de modo sumario una serie de recaudos —vista la fecundidad adquirida por IOG— ante la tentación de amalgamar los desarrollos de 1962 y 1967. Baring dice que una de las mayores dificultades para abordar los aportes tempranos de Derrida tiene que ver con leerlos desde su filosofía posterior (Baring 2011: 146), y en esa línea queremos hacer notar, *en primer lugar*, que las reflexiones en torno a la escritura ocupan casi sólo el capítulo VII de IOG. No vuelve sobre ellas ni sobre el lenguaje luego, ni siquiera al momento del cierre. *En segundo lugar*, y más importante, la escritura es considerada como una modalidad u “extensión corpórea” del lenguaje. No es la *l’archi-écriture* posterior. Es verdad que IOG ya piensa la injerencia de la escritura sobre la idealidad de los objetos, y por ello supone un yacimiento tan relevante, pero nos

---

llama una “ontología de la diferencia” (Deleuze 2005: 25). A la par que ponderó su exégesis de Hegel y el sitio que le otorgó al lenguaje, Derrida posó vicisitudes sobre la operatoria de la *Aufhebung*. Podemos vislumbrar el clima de época de ciertos interrogantes (que, por lo demás, podemos decir desde la actualidad, adquirirán cada vez más envergadura).

16. No podemos ahondar en este problema ni en las fuentes específicas que exigiría tratar, pero a grandes rasgos podemos decir que Mallarmé y Blanchot entienden la operatividad “aniquiladora del mundo” del lenguaje no en función de un relevo idealista, sino del trabajo de cierta materialidad (Fisgativa 2014).

parece que faltan algunos pasos y herencias decisivas para hacer con derecho una superposición. *En tercer lugar*, en IOG Derrida dice sobre la palabra que son “los actos intencionales siempre diferentes [los] que hacen de ella una palabra significante” (Derrida 2000: 105). Este último punto nos parece inscribir una línea divisoria decisiva, ya que buena parte de los pasajes clave de *La voz y el fenómeno* versan sobre argumentar que no es la intención sino la estructura iterativa y las relaciones diferenciales del lenguaje lo que confiere significatividad.

En 1962 Derrida está intentando ya pensar aquello que corta el hábito intencional, pero su perspectiva permanece aún externa a los trabajos de 1967. Falta el influjo del estructuralismo, lo que por otra parte confirma que el tópico del lenguaje no ingresó en su filosofía a partir de la semiología y la lingüística. Durante nuestros desarrollos nos hemos abstenido de abordar *La voz y el fenómeno* por motivos económicos —pero también en cierta medida temáticos— puesto que abordar idóneamente este texto habría requerido, además de desgranar sus desarrollos específicos, trabajar cuanto menos sobre problemáticas y fuentes heterogéneas de las que priman en PGH y IOG. No son sólo el uso de mayúsculas y el recurso acrítico a la noción de trascendental la diferencia entre 1962 y 1967; o más bien, estos puntos pueden leerse como síntomas, indicadores de desplazamientos más hondos.

## 5. (Ir)resoluciones

En 1990, a cuento de la publicación de PGH, Derrida dice que su *Mémoire* señala ya hacia cierta ley de la “complicación originaria del origen”, y bien, algo no tan distinto hemos querido sugerir en esta investigación, mostrando cómo el supuesto origen simple del itinerario derridiano no se deja comprender meramente como la “prehistoria” de la deconstrucción sino que exhibe él mismo desplazamientos, matices y desarrollos filosóficamente pregnantes.

IOG continúa la dialéctica de PGH a través de las problematizaciones de la *question en retour*, no obstante enseña un planteo más sofisticado que este último. Allí no era posible afirmar hasta dónde se continuaba o no el proyecto fenomenológico: él mismo se recuerda en esa época como un “discípulo disciplinado” (Janicaud 2001: 341) y afirma abrirse de otros trabajos contemporáneos —como el de Thao— que buscan desertar de la fenomenología husserliana. (Derrida 2015: 6) Esto es aún más significativo si recordamos que, sobre el final, PGH cita las palabras que Husserl dirigiese en su lecho de muerte a su hermana, acerca de la necesidad de recomenzar su trabajo justo cuando se encontraba en el final. ¿Instaba PGH a un nuevo recomienzo dentro de la

fenomenología? No quedaba claro. (Baring 2011: 114) IOG se presenta en ese sentido tanto más decidido. Su movimiento nos parece estar ya en esencia en PGH, pero allí ofrece una perspectiva completamente renovada, a título del lenguaje como enclave de la intersubjetividad, la tradición y la historicidad. Hemos sugerido asimismo que hay distancias relevantes que impiden la homologación sin más con los desarrollos que empiezan en 1967, habitualmente tomados como inicio de su pensamiento.

Sin desestimar ni homogeneizar, nos internamos en un estudio de la conceptualidad del joven Derrida, proponiéndonos dar cuenta de sus deslices y ofreciendo simultáneamente una cifra de lectura

para abordarlos. Siguiendo a Lawlor, posamos a Jean Hyppolite como una influencia clave que determinase aquel “hallazgo” derridiano de la escritura (como hemos dicho, en 1954 completamente desestimado). Aunque hemos dejado la fundamentación definitiva para trabajos posteriores, hemos sugerido asimismo otra vía para pensar esta misma traza (la literaria). Con LE Derrida se acerca a una enseñanza que lo acompañará durante toda su obra, a saber, que las caracterizaciones que se le atribuyan al lenguaje inscriben —queriéndolo o no— muchas otras distinciones a su paso, y que, en este sentido, su rastreo funciona como un yacimiento fecundo para la interrogación filosófica. Tal la pieza faltante en PGH.

## Bibliografía

- Baring, E. (2011) *The Young Derrida and French Philosophy, 1945-1968*. New York: Cambridge University Press.
- Berger, G. (1941) *Le Cogito dans la Philosophie de Husserl*. Paris: Aubier.
- Bórquez, Z. (comp.) (2015) Introducción. *Fenomenología, firma, traducción*. Santiago: Pólvora.
- Canguilhem, G. (1978) Introduction by Michel Foucault. *On the Normal and the Pathological*. (Trad. C. Fawcett) Boston: D. Reidel.
- Campos Salvaterra, V. (2017) *Violencia y fenomenología*. Santiago: Metales Pesados.
- Deleuze, G., (2005) Jean Hyppolite. *Lógica y existencia. La isla desierta y otros textos*. (Trad. J. L. Pardo) Valencia: Pre-textos.
- Derrida, J. (1997) *El tiempo de una tesis*. (Trad. C. de Peretti) Barcelona: Anthropos.
- Derrida, J. (2015) *El problema de la génesis en la filosofía de Husserl*. (Trad. J. Bassas Vila) Salamanca: Sígueme.
- Derrida, J. (2000) *Introducción a “Origen de la geometría” de Husserl*. (Trad. D. Cohen y A. Zinnot) Buenos Aires: Manantial.
- Derrida, J. (1967) ‘Génesis y estructura’ y la fenomenología. *La escritura y la diferencia*. (Trad. P. Peñalver) Barcelona: Anthropos.
- Derrida, J. (2014) *Posiciones*. (Trad. M. Arranz) Valencia: Pre-textos.
- Descombes, V. (1998) *Le même et l’autre*. Paris: Minuit.
- Ferraris, M. (2006) *Introducción a Derrida*. (Trad. L. Padilla López) Buenos Aires: Amorrortu.
- Fisgativa, C. (2014) Entre Mallarmé y Blanchot, la experiencia de la escritura. *Neutral*, 4: 69-78.
- Foucault, M. (1983) Structuralism and Post-Structuralism. *Telos*, XVI(55): 195-211.
- Goldschmit, M. (2003) *Jacques Derrida, une introduction*. Paris: Pocket.
- Hill, L. (2007) *The Cambridge Introduction to Jacques Derrida*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Hyppolite, J. (1987) *Lógica y existencia*. (Trad. M. C. Martínez Montenegro y J. R. Santander Iracheta) Puebla: Universidad Autónoma de Puebla.
- Hyppolite, J. (1968) Intervención de Jean Hyppolite en Tercer Coloquio Filosófico de Royaumont (23 al 30 de abril de 1957). En varios autores, *Husserl: Tercer Coloquio Filosófico de Royaumont*. Buenos Aires: Paidós.
- Janicaud, D. (2015) Jacques Derrida: Interviews of July 1 and November 22, 1999. *Heidegger in France*. (Trad. F. Raffoul y D. Pettigrew) Bloomington: Indiana University Press.
- Lawlor, L. (2004) *Derrida and Husserl*. Bloomington: Indiana University Press.
- Lüdemann, S. (2014) *Politics of Deconstruction*. (Trans. E. Butler) Redwood City: Stanford University Press.
- Marrati, P. (2005) *Genesis and Trace*. Stanford: Stanford University Press.
- Moati, Raoul. (2015) Fenomenología y dialéctica. Derrida crítico de Tran Duc Thao. En Z. Bórquez (comp.), *Fenomenología, firma, traducción*. Santiago de Chile: Pólvora.
- Powell, J. (2006) *Jacques Derrida: A Biography*. London: Continuum.
- Thorsteinsson, B. (2007) *La question de la justice chez Jacques Derrida*. Paris: L’Harmattan.